

EL SATIRICON, NOVELA PICARESCA

Mario Sartor Ceciliot

1. Género literario del Satiricón de Petronio Arbitro

Uno de los problemas que interesa de manera especial a la crítica literaria es definir el género al que pertenece una obra determinada. En la práctica, no resulta siempre muy fácil encasillar una obra dentro de tal o cual género literario, sobre todo cuando se trata de un libro tan complejo como es el *Satiricón* de Petronio Arbitro.

Los críticos en general¹ lo consideran una novela costumbrista, donde la prosa y el verso se alternan. Es evidente en esta combinación la influencia de la *Sátira Menipea* de los cínicos griegos y más directamente las *Sátiras Menipeas* de Varrón. Sin embargo, dentro de la novela costumbrista caben muchas subdivisiones y por lo tanto la novela picaresca se puede incluir dentro del costum-

(1) Cfr. Jules HUMBERT. Histoire illustrée de la littérature latine. Paris, Didier, 1932, p. 294.

brismo, ya que refleja las costumbres de un gran sector social de la España de los siglos XVI y XVII.

Gudeman² define el *Satiricón* como "novela picaresca y de aventuras". De haber vivido Petronio en el siglo XVI no se vacilaría en incluir su obra entre las grandes novelas picarescas, como el *Lazarillo de Tormes*, *La Vida del Buscón*, de Quevedo, el *Guzmán de Alfarache*, *La Pícaro Justino*, etc.

Podríamos preguntarnos si ha habido una influencia de Petronio en los autores de las novelas picarescas españolas. Aunque no se puede descartar la posibilidad de que los escritores del siglo XVI conocieran el *Satiricón*, no hay elementos de juicio, ni referencias, ni reminiscencias que demuestren una influencia directa de la novela latina sobre la española. Posiblemente la gran semejanza entre el *Satiricón* y las novelas picarescas se deba al hecho de que en la historia de la literatura hay motivos que reaparecen constantemente los cuales reflejan lo perenne del alma humana, como son los vicios, las pasiones, las preocupaciones intelectuales, etc.

Para establecer que el *Satiricón* es una novela picaresca es necesario analizar primero el contenido de la palabra pícaro y estudiar luego, por una parte las principales características de las novelas picarescas españolas y por otra las del *Satiricón*.

Pícaro, según el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia, es el "tipo de persona descarada, traviesa y bufona y de mal vivir, que figura en obras magistrales de la literatura española".

La etimología de pícaro no parece muy clara; se han propuesto varias hipótesis: la misma Academia indica

(2) Cfr. Alfred GUDEMAN. Historia de la literatura latina. Tercera edición. Barcelona, Labor, 1942, p. 241: "La novela picaresca y de aventuras de C. Petronio Arbitro, en más de veinte libros, constituye una de las obras más originales de la literatura latina, y al mismo tiempo una de las creaciones literarias más geniales de todos los tiempos".

que procede tal vez de 'picar' y éste verbo, de 'pico', que en acepción figurada y familiar significa "facundia, expedición y facilidad en el decir". Nyhl, siguiendo a Covarrubias, entiende que viene de *picardo*, habitante de Picardía (región del Noreste de Francia), al que se dio el significado de 'sucio, roto viejo', como los verían los españoles en las guerras de Carlos V. y dice que la palabra aparecería en castellano entre 1520 y 1548. El *pícaro*, sin ser verdaderamente criminal, pertenece al hampa; tiene pocos o ningunos escrúpulos, particularmente al procurarse medios de mantenimiento: a pesar de ello, en ocasiones gusta exponer máximas y sentencias morales; sus sentimientos de humanidad son manifiestos; es buen creyente, aunque pecador; no está habituado en modo alguno al trabajo regular y constante sino que es perezoso y holgazán; su ocupación ordinaria y normal es la de servir a otro; el hurto es frecuente en él, pero no el robo; es astuto e ingenioso e imprevisor; participa de las preocupaciones de su tiempo; es expresión de no pocos caracteres de la sociedad española en los siglos XVI y XVII; a pesar de sus defectos, resulta simpático³.

2. Situación política, económica y social

Antes de estudiar comparativamente las características del *Satiricón* y de las novelas picarescas, conviene analizar la situación política, económica y social que sirve de marco a estas obras literarias.

Hay que tener en cuenta algunas situaciones parecidas que contribuyen a explicarnos la gran semejanza entre el *Satiricón* y las novelas picarescas españolas. Tanto la primera obra como las segundas, se escribieron en un momento de esplendor político y militar. En el siglo I d. C. Roma es señora del mundo antiguo, pero sufre el absolutismo de los Césares. Análogamente, en el siglo XVI, España

(3) Juan HURTADO - J. de la SERNA - Angel GONZALEZ PALENCIA. Historia de la literatura española. Madrid, Ed. SAETA, 1949, p. 352.

predomina en Europa y conquista casi todo el nuevo mundo. Carlos V y los Felipes reviven el cesarismo y en cierto modo propugnan una política de dominio universal.

Sin embargo, lo que se considera a menudo como época de grandeza y de máximo esplendor es, a veces, el comienzo de la decadencia. En efecto, el esplendor de la Roma imperial y de la España de los siglos XVI y XVII es más bien de oropel. Al gran poderío político militar, no corresponde una situación social y económica de auténtica grandeza. A partir de la época imperial, en Italia especialmente, va desapareciendo la pequeña propiedad, y como consecuencia de ello, se produce una crisis agrícola cada vez más profunda⁴. En España también, debido a la expulsión de los moriscos y al continuo desgaste de vidas humanas provocado por las guerras casi continuas y por la colonización de América, el pueblo español queda agotado. Decae la agricultura y las industrias y, como en la Roma antigua, se vive de lo que envían los países remotos.

El período de verdadera grandeza moral de Roma es la era republicana, anterior a la tercera guerra púnica. Hasta ese momento el ideal que guía al ciudadano romano es la virtud y el amor a la patria. Esta virtud se manifiesta en el valor militar, la *virtus* por excelencia, en la dedicación a la *res pública*, en la santidad del hogar, en la religiosidad. De un modo parecido, la época de mayor grandeza de España se da en la Edad Media y más exactamente en los siglos de la reconquista cristiana. Baste recordar la figura señera del Cid Campeador. Los ideales son muy parecidos a los de la Roma republicana: la defensa de la patria (o mejor dicho la reconquista del suelo español subyugado por los infieles); una profunda religiosidad; además unos ideales superiores, que el hombre de la antigüedad no conoció, ya que el espíritu caballeresco es un producto del cristianismo.

Una de las causas de la decadencia de Roma fue probablemente el exceso de expansión. El romano, sintiéndose

(4) Cfr. Antonio SIRAGO. L'Italia agraria sotto Traiano. Louvain, Bibliothèque de l'Université, 1958.

dueño del mundo, comenzó a descuidar sus deberes de soldado y de ciudadano. En el siglo I de nuestra era, estos valores parecían conceptos anticuados si no absurdos. Las grandes figuras de la era republicana como Cincinato, Atilio Régulo, Fabricio, Catón, etc., parecían más bien legendarias y ya no hablaban al espíritu de las nuevas generaciones. Mientras el antiguo romano era labrador, en la época imperial todo trabajo manual es mirado con menosprecio.

En España también el ideal caballeresco se degenera. El hidalgo siente desprecio por el trabajo manual, única fuente de riqueza. Además, los moriscos, que constituían el grupo étnico más activo, sobre todo por su dedicación al cultivo de las tierras, son expulsados del país.

Roma sucumbe bajo el peso de su grandeza. Jamás consiguió someter del todo a los germanos y a los partos; y estos pueblos bárbaros conservarán intactas sus fuerzas primitivas para caer sobre el imperio que los ha tenido a raya durante muchos siglos. Por otra parte resultaba cada vez más difícil a la ciudad eterna administrar eficazmente a tantos pueblos muy dispares y muy apartados de la capital.

Del mismo modo España consiguió imponerse parcialmente en Europa, pero sus enemigos, lejos de ser destruidos, estaban aguardando el momento propicio para vengarse de quien los había humillado. También el imperio español era demasiado vasto y heterogéneo, y por lo tanto destinado a desintegrarse.

Como Roma quedó seducida por la superioridad cultural de Grecia, del mismo modo España experimentó la influencia del Renacimiento italiano. Sin embargo España no se dejó influir por otros pueblos. Por el contrario, a partir de los Reyes Católicos, la pureza de la sangre se vuelve una especie de obsesión de los que pretenden pertenecer a la nobleza auténtica. Al ser expulsados los moros y los judíos, desaparecen de la Península unos elementos importantes que habían contribuido a crear en España una civilización con caracteres originales que la diferenciaban del resto de Europa. Por el contrario, en la Roma imperial, los diversos aportes étnicos: griegos, orientales, celtas,

germanos, etc., contribuyeron a modificar no sólo el aspecto racial de Italia, sino también su cultura. No fueron los nuevos aportes étnicos los que perjudicaron a la Roma imperial, sino más bien el exceso de tolerancia y el abrir de par en par las puertas a la corrupción de los pueblos orientales que a veces se infiltraba bajo las apariencias de los cultos más variados, como el de Cibele, Mitra, Príapo y otros más. No incluimos entre estos cultos ni al judaísmo, ni al cristianismo, no sólo por diferenciarse de los demás a causa del monoteísmo sino porque carecían de ceremonias abominables.

3. Aparición de la novela picaresca

Los romanos decían *satura tota nostra est* (la sátira es una creación totalmente romana). Si bien esto es discutible, el *italicum acetum*, es decir, el espíritu cáustico, caracteriza gran parte de la literatura latina. Probablemente ambos aspectos son la expresión de un mismo fenómeno: el espíritu crítico y el ideal moral y religioso de los romanos.

La novela picaresca es también una expresión satírica que se manifiesta sobre todo en las épocas de decadencia moral, política y económica. Aparece sobre todo cuando los regímenes fuertes impiden la libertad y la crítica constructiva. El filósofo y el moralista buscan como desahogo la ficción literaria que los resguarda contra la venganza de las personas que se verían mayormente afectadas por la crítica directa. Piénsese por ejemplo en las alegorías de las *Fábulas* de Fedro y en el espíritu cáustico que anima a su autor.

4. Estudio comparativo del Satiricón y las novelas picarescas

Como se ha observado anteriormente, Gudeman define el *Satiricón* como novela "picaresca". Esta afirmación necesita evidentemente ser demostrada a través de un minucioso estudio comparativo de las principales características comunes de las obras literarias escritas en épocas tan lejanas y en países y ambientes muy diferentes.

4.1. Aventuras

Una de las características de las novelas picarescas son las aventuras de toda clase que en ellas se relatan. Gudeman⁵, a propósito de este aspecto del *Satiricón* dice:

"La extensa novela refiere las aventuras de viajes de un disoluto mozo, Encolpio, y tres dignos compinches, entre ellos el relajado poeta Eumolpo. Como las peregrinaciones de Ulises por tierra y por mar tenían su causa en la cólera de Neptuno, las de nuestro héroe la tienen en la del dios de la fertilidad Príapo, contra cuya santidad había pecado con alguna acción indecorosa. En la literatura griega había habido novelas de aventuras con mucha anterioridad a Petronio, pero aun presuponiendo que las conocía, ello no merma su originalidad, pues el contenido y la ejecución son de exclusiva invención suya, como no menos el arte del lenguaje y del estilo, que, podría-se casi decir, maneja con el desconcertante virtuosismo de un prestidigitador".

Los protagonistas de las novelas picarescas españolas por lo general no se quedan en un solo lugar y sería muy largo referir todas las aventuras de estos personajes.

4.2. Costumbrismo

El *Satiricón*, al igual que las novelas picarescas, es un reflejo de las costumbres de las respectivas épocas. Dice al respecto Gudeman⁶:

"El cuadro de costumbres que en esta obra maestra se despliega tiene fin en sí mismo, sin segunda intención discernible; y este fin no era más que regocijar al culto lector. No contradice este hecho el que

(5) Cfr. GUDEMAN, op. cit. p. 242.

(6) Ídem, p. 243.

circunstancias de la época reciban en el juego alguno que otro tajo satírico, pues éste en todo caso es ocasional y no llega al meollo de la acción o del relato. Pero revela a Petronio como hombre que en plena posesión de la cultura de su tiempo, no sólo había echado de ver las corrientes malsanas de la misma en el orden espiritual, sino que también estaba capacitado para proponer reformas muy razonables".

También los autores de las novelas picarescas españolas se proponían entretener al público mediante la descripción de tipos de personajes y situaciones que debían ser bastante comunes en esa época. Sin embargo el propósito moralizador aparece con mayor evidencia que en el *Satiricón*.

4.3. Realismo

Los romanos fueron un pueblo muy realista. Este rasgo se manifiesta en la política, en el derecho, en las grandes construcciones hechas con fines prácticos que subsisten aún en varios países mediterráneos: caminos, puentes, acueductos, foros, basílicas, teatros, circos, etc. En las artes también se manifiesta el realismo, como por ejemplo en la escultura, en donde los romanos, contrariamente a los griegos, más que idealizar al hombre, trataron de reproducir la imagen auténtica de cada uno de los personajes. También en muchas obras de la literatura latina se manifiesta el realismo, pero en la que se manifiesta con mayor evidencia este rasgo es sin duda en el *Satiricón*. Reales son los personajes que nos presenta Petronio, reales las situaciones que nos describe, real el lenguaje que refleja el habla de las clases más bajas o de los nuevos ricos. Prueba de ello son las numerosas palabras que se alejan del latín clásico de Cicerón y preanuncian las lenguas romances, el italiano en especial.

Del realismo de la literatura española huelga hablar porque es un tema tratado por todos los autores de historia de dicha literatura. Este rasgo es uno de los que aparecen con mayor frecuencia desde los albores de la literatura

española y se puede comprobar sobre todo en los grandes monumentos literarios como el poema del *Cid*, el *Libro de Buen Amor*, la *Celestina*, el *Quijote* y de manera muy especial en todas las novelas picarescas.

4.4. Viajes y andanzas

Como en la picaresca española, los protagonistas del *Sotiricón* se desplazan con extrema facilidad de una localidad a otra. Parece que una parte de la acción novelesca se desarrolla en Marsella, el gran emporio grecorromano de la Galia al cual se da mucho relieve también en el poema de Lucano. En cambio la parte que ha sido conservada, se coloca enteramente en la Italia meridional, primero en una *graeca urbs* (es decir en una ciudad grecoitalica del Sur de la Península) en las cercanías de Dayas y de Cumas, que si bien presentaba muchos elementos fantásticos y convencionales, puede identificarse con Pozzuoli, emporio también muy frecuentado, asiento de tráficos y de placeres; y luego en Crotona, ciudad en la cual, según se dice, reinaban los buscadores de herencias⁷.

De una manera semejante el 'pícaro' español se desplaza de una ciudad a otra con extrema facilidad. Lázaro, por ejemplo, el protagonista del *Lazarillo de Tormes*, nace en Salamanca y luego recorre varias ciudades castellanas. Pablo, el protagonista del *Buscón*, nace en Segovia y luego se traslada sucesivamente a muchas ciudades como Alcalá de Henares, Madrid, Toledo, Sevilla, para luego emprender viaje a las Indias. *Guzmán de Alfarache*, el protagonista de la novela homónima, no sólo recorre España, sino también Italia. De los demás personajes de las novelas picarescas españolas se podría decir más o menos lo mismo.

4.5. Semejanza de situaciones

En la *Vida del Buscón*, una de las novelas más repre-

(7) Ídem.

sentativas del género picaresco, se hace una crítica mordaz y sangrienta de casi todas las clases sociales: los estudiantes, pícaros por excelencia; los hidalgos pobres, símbolo de la decadencia de los ideales caballerescos; los clérigos poco ejemplares, como el hermitaño que llevaba la baraja en la manga de la saya y fingiendo que no sabía jugar, dejó pelados a los demás jugadores; las mujeres que practican sortilegios y brujerías, como la madre de Pablo, el protagonista del *Buscón*; las viejas beatas que practican el oficio de la elcahueta; los poetas y los literatos de pocos alcances, etc.

Aunque el *Satiricón* nos ha llegado mutilado, vemos que los temas de las sátiras de Petronio son muy semejantes a los de Quevedo. En primer lugar se critica acerbamente a los declamadores (cap. I), cuya oratoria vacía de contenido se reducía a un simple alarde de figuras retóricas: *Puce vestro liceat dixisse, primi omnium eloquentium perdidistis* (séame permitido decir, fuisteis los primeros en perder la elocuencia) (cap. II. 2). A continuación Petronio nos da su punto de vista sobre la verdadera retórica: *Grandis et, ut ito di cam, pudica oratio non est maculosa nec turgida, sed naturali pulchritudine exurgit* (La grande elocuencia, séame permitido decir, es casta, sin tachas ni hinchazones, se impone con su belleza natural) (cap. II. 6).

Análogamente Quevedo, en el cap. X del *Buscón*, pone en la boca del protagonista una "Premática contra los poetas güeros, chirles y hebenes"; pero se limita a criticar a los malos poetas, sin dar las normas de la buena poesía.

La sátira está destinada a condenar la hipocresía y las falsas apariencias. Encolpio, uno de los personajes del *Satiricón*, se dirige a una pobre vieja para que le indique dónde se encontraba su albergue, y ésta lo lleva a un lupanar. Ascilto, otro de los protagonistas, hace la misma pregunta a un hombre que parecía un honrado padre de familia para que le indique su alojamiento, y éste lo lleva al mismo lugar, donde le hace proposiciones indecorosas (cap. VIII. 5).

Resultaría demasiado largo enumerar todos los flechazos contra los hipócritas que aparecen en las novelas picares-

cas. Recordamos tan sólo el episodio del buldero del *Lazarillo*. Véase también el retrato de dos hipócritas, magistralmente trazado por Quevedo: "Besaba la tierra al entrar en la iglesia; no levantaba los ojos á las mujeres, pero las haldas sí"⁸. Otro en cambio: "Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca á mujeres, tenía sus hijos y preñadas dos santeras"⁹.

El pícaro vive de estratagemas, ya que no dispone de bienes de fortuna y, aunque los tuviese, los disiparía muy pronto. Para llenar el estómago se ve obligado a adular a los poderosos y recurrir a la astucia. Ascilto le echa en cara a Encolpio: *Multo me turpior es tu hercule, qui ut foris cenares, poetam laudasti* (Por dios, que tú eres mucho más repugnante que yo, tú que para cenar fuera de casa adulaste al poeta)¹⁰. Y en otro pasaje: *Hodie, inquit, quia tamquam scholastici ad cenam promisimus, non perdamus noctem* (Hoy -dijo- como nuestro título de eruditos nos ha valido una invitación a comer, no perdamos la noche)¹¹.

En el cap. IV, p. 39 vol. I del *Buscón*, los estudiantes fregones se fingen parientes de Diego Coronel para comer a sus expensas. Ascilto y Encolpio también son dos estudiantes que frecuentan la escuela del "rhetor" Agamenón: *Et tu literas scis et ego* (Tú entiendes de letras y yo también) (*Satiricón* X, 5).

Compárense también las dos escenas típicamente picarescas del *Buscón* (vol. I, p. 181 renglón 16 y sigs.) y del *Satiricón* (cap. XII al XV) respectivamente, en donde se ve que en el mundo de los pícaros, el dinero pasaba con extrema facilidad de unas manos a otras.

(8) Francisco de QUEVEDO. *Vida del Buscón*. Vol. I y II. Introducción y notas de Luis Santa Marina. Madrid, Espasa-Calpe, 1951, Lib. II, cap. III, p. 144.

(9) Idem, Lib. II, cap. III, p. 145.

(10) PETRONIO ARBITRO. *Satiricon*. Traduzione a cura di Vincenzo Ciaffi. *Classici Latini*. Collezione diretta da Augusto Rostagni. Torino, Unione Tipografica Editrice Torinese, 1951, X, 2.

(11) Ibidem, X, 6.

4.6. Retratos y caricaturas

Como en todas las novelas costumbristas, en el *Satiricón* y en las novelas picarescas abundan los retratos de personajes de todas las clases sociales. Pero, como se trata de obras de carácter satírico, prevalecen las caricaturas. Quevedo se complace en exagerar los defectos y fealdades de los personajes contra los cuales se ensaña casi con sadismo. ¿Quién no recuerda el inmortal retrato del Licenciado Cabra? (*Buscón*, tomo I, p. 25, renglón 5 ss.).

Otras caricaturas interesantes son: el 'retrato de la huéspedea' de la casa donde vivía el pícaro Pablo de Madrid (*Buscón*, vol. I, p. 186); la caricatura que hace Pablo del 'ama' que tuvo en Alcalá (*ibidem*, p. 58).

Petronio, por lo general, no se detiene demasiado en la descripción del aspecto físico de los personajes. Con pocos rasgos nos pinta magistralmente tanto la fealdad como la belleza. He aquí el 'retrato del querido de Trimalción':

"En ese momento, envuelto en una manta escarlata, fue sacado de una litera precedida de cuatro lacayos engalanados y por un carro de mano, en el cual se transportaba a su querido, un muchacho con cara de viejo, lagañoso, más feo que su amor Trimalción" (*Satiricón* XXVIII, 4).

Más interesante todavía es el 'retrato de Trimalción' el prototipo del nuevo rico y campeón del mal gusto:

cap. XXXII: "Estábamos en aquella abundancia, cuando el mismo Trimalción en persona fue llevado, con acompañamiento de música, y al ser colocado entre almohadas muy pequeñas, provocó la risa entre los más descarados. En efecto había sacado la cabeza pelada de una capa escarlata, y alrededor de su cuello ya abrigado por el vestido había puesto una servilleta con listones de púrpura, adornada de franjas que caían por todos los lados. Llevaba además en el dedo meñique de la mano izquierda un grueso

anillo dorado, y en la última falange del dedo siguiente un anillo más chico, de oro macizo, según me parecía, pero completamente engastado de estrellitas de hierro. Y para no mostrar tan sólo estas riquezas, descubrió el brazo derecho adornado con un brazalete de oro y un aro de marfil sujetado con una plancha resplandeciente".

cap. XXXIII: "Luego que hurgó en los dientes con una flechita de plata, dijo", etc.

4.7. Representación de la belleza física

No hay que creer que en estas obras haya tan sólo caricaturas. De vez en cuando, tanto Petronio como Quevedo, posiblemente para no cansar al lector con la descripción de tantas fealdades y bajezas, nos sorprenden con el retrato de alguna mujer de gran belleza física. El lector al hallar estas hermosuras recibe la misma impresión que el pollito de la fábula de Fedro: *In sterquilino pullus gullinuceus dum quaerit escum murguritum repperit* (El pollito, mientras busca alimento en el estercolero, encontró una perla).

He aquí el 'retrato de doña Ana', la doncella con quien aspiraba casarse el aventurero Pablo:

"Llegáronse á mí las viejas a hacerme regalos, y holguéme der ver descubierta la niña, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asentado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manzanas y zazosita" (*Buscón*, Libro II, cap. VII, p. 174).

Véase ahora el retrato que hace Petronio de la misteriosa Circe:

"Luego continuando a bromear, pedí a la esclava que me llevara a su señora bajo los plátanos. La resolución plugo a la muchacha. Así, levantó la túnica

y se escurrió en aquel bosquecillo de laureles que bordean el paseo. Poco después condujo a su dueña de su escondite y deja a mi lado a una mujer más perfecta que cualquier obra de arte. No hay palabras que puedan expresar su belleza, pues cualquier cosa se diga será inferior a la verdad. Sus cabellos ondulados naturalmente cubrían los hombros, destacándose con dulce curva en la frente pequeña; las pestañas que descendían hasta los pómulos, casi se juntaban luego sobre la línea de la nariz; sus ojos muy claros, más brillantes que las estrellas resplandecientes en noche sin luna; sus narices ligeramente dilatadas y la boca era tal cual Praxíteles imaginó para Diana. ¡Y el mentón, y el cuello, y las manos, y el candor de los pies aprisionados por un sutil cordón de oro! Hubiera eclipsado el mármol de Paros. Así en ese momento, por primera vez, Doris, mi primer amor no significó nada para mí" (cap. CXXVI, 12-18).

Sin duda alguna Petronio es un artista acabado y más refinado que Quevedo. Aquél sobresale en la descripción de la belleza, éste en la caricatura y en la fealdad de los personajes. Esta diferencia podría atribuirse a diversa sensibilidad y manera de escribir de los dos grandes novelistas, sin embargo no hay que descartar una formación clásica más esmerada en Petronio y un culto especial a la belleza. Del mismo modo débense tener muy en cuenta las diferencias de época y de ambiente en que les tocó vivir a los dos escritores.

4.8. Concepción moral

Después de una lectura apresurada, pareciera absurdo atribuir un valor moral al *Satiricón*. Por el contrario, la mayoría de los lectores no vacilarán en considerarlo una obra de carácter netamente inmoral o amoral, sobre todo por la abundante pornografía que hay en él y la cruda descripción de actos abominables. Sería por lo tanto absurdo sostener que el autor fue animado por un propósito moralizador.

Con la descripción, a menudo complaciente, del mal, no se puede alcanzar el bien: *Non sunt facienda mala, ut bona eveniant*.

A pesar de lo dicho, no se puede negar cierto valor moral al *Satiricón*. Dice el autor del *Lazarillo* parafraseando a Plinio¹²: "Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oydas ni vistas vengán a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno, que las lea, halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto los deleyte. E a este propósito dize Plinio que *no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena*".

¿Acaso este concepto no puede aplicarse también al *Satiricón*?

Petronio no es un moralista ni se propone serlo. Su obra pareciera más bien indicar que se trataba de un lujurioso o un depravado. Sin embargo, a pesar de la cantidad de aventuras y actos inmorales relatados con crudeza y a veces con evidente complacencia por el autor, el sentimiento del bien y del mal está siempre latente. Es este un rasgo que sorprende mayormente en un pagano que no había recibido el mensaje de la fe cristiana. Sus apreciaciones en cuanto a las acciones humanas parecerían corroborar la tesis de San Agustín del *homo naturaliter christianus*.

Aunque no podemos decir que se pueda considerar al *Satiricón* como una novela autobiográfica, por lo poco que sabemos del autor, es evidente que éste debía conocer muy bien la inmoralidad de su época, especialmente la de la corte de Nerón en la cual le cupo actuar.

Petronio se muestra dotado de una fina sensibilidad. Él es ante todo un esteta *arbiter elegantiarum*, un hombre de gustos refinados. Veamos lo que dice al respecto A. Amatucci¹³:

(12) ANONIMO. La vida de Lazarillo de Tormes y sus fortunas y adversidades. Edición y notas de Julio Cejador y Frauca. Madrid, Espasa-Calpe, 1949, cap. III, p. 194.

(13) Aurelio AMATUCCI. La letteratura di Roma Imperiale. Storia di Roma. Vol. XXV. Bologna, Cappelli, 1947, p. 63.

"Piú d'una volta noi cogliamo sulle piú turpi labbra dei suoi personaggi, una parola buona, vediamo inumidirse gli occhi della piú corrota gente di una lacrima di bontá, assistiamo a un' azione che da siffatta gente non ci aspetteremo".

He aquí un pasaje del *Satiricón* [LXXXVIII. 1-3 y 6] que corrobora esta aseveración:

"Animado por estos discursos, comencé a interrogar a aquel sabio, acerca de la época de los cuadros, y acerca de algunos sujetos oscuros para mí; al mismo tiempo pregunté la causa de la decadencia actual, por qué las bellas artes habían sucumbido, entre otras la pintura, sin dejar el menor vestigio de sí. -La codicia del dinero ha engendrado estas revoluciones- me contestó aquél. En los tiempos antiguos, cuando se amaba aún la virtud desnuda y simple, florecían las artes liberales y había una noble emulación entre los hombres para saber qué era lo que podría aprovechar mayormente a los siglos futuros. (...) Pero nosotros sumergidos en el vino y en los placeres de la carne, no tenemos ni siquiera la fuerza para estudiar las artes que han sido inventadas, y mientras somos acusadores de la antigüedad, tan sólo aprendemos y enseñamos los vicios".

En el cap. XXVI. el protagonista, el disoluto Encolpio, considera inmoral la iniciación sexual de Gitón con una niña.

Que no desaparece el sentido del bien y del mal, lo corrobora el hecho de que mientras el protagonista relata con crudeza y cinismo sus aventuras poco ejemplares, cuando una acción parecida es cometida por otros, reconoce sin embargo el mal y emplea contra sus rivales en amores duros calificativos.

En el cap. CXXXII. 12. después de un soliloquio obscuro, el protagonista hace la siguiente reflexión:

"Sin embargo, habiendo terminado esta indecente

recriminación, comencé a arrepentirme de lo que había dicho, y me ruboricé interiormente por haber olvidado el respeto de sí mismo, al punto de recriminar esa parte del cuerpo, a la cual los hombres un poco austeros, no dirigen ni siquiera el pensamiento".

Por lo que se refiere a las novelas picarescas, tampoco puede decirse que tengan una finalidad moralizadora. Véase lo que dice al respecto Quevedo en el prólogo "Al Lector" del *Buscón* (Vol. I, p. 7):

"Aquí hallarás en todo género de picardía -de que pienso que los más gustan-, sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio, para vivir á la droga, y no poco fruto podrás sacar dél si tienes atención al escarmiento; y, cuando no lo hagas, aprovechate de los sermones, que *dudo nadie compre libros de burlas para apartarse de los incentivos de su natural depravado*".

Sin embargo los autores de las novelas picarescas en varias oportunidades levantaron la voz contra los vicios de la época. En el *Lazarillo* el propósito moralizador aparece más evidente. Véase lo que dice el hidalgo pobre al referirse a los señores¹⁴:

"Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuydar".

Obsérvese la semejanza de esta consideración moral con la que afirma Petronio¹⁵:

"Así están las cosas: si alguien enemigo de todos

(14) *Lazarillo*, cap. III, p. 194.

(15) *Satiricón*, LXXXIV, 1-4.

los vicios toma el buen camino para su vida, primero se atrae el odio a causa de la diferencia de costumbres, en efecto ¿quién puede aprobar principios diversos de los propios? Luego los que no tienen otra preocupación que la de acumular riquezas, no quieren que entre los hombres se crea que hay algo mejor de lo que ellos mismos tienen. Así se ensañan contra los que aman las letras, para demostrar que ellos también ceden ante el dinero".

"Y no sé por qué razón, la pobreza es hermana del genio".

En el *Lazarillo* se fustiga especialmente la hipocresía (véase el episodio del buldero, cap. V); la avaricia de los eclesiásticos (cap. II); la vida mundana y andariega de ciertos frailes (cap. IV); la presunción de los hidalgos pobres (cap. III); etc.

En *Rinconete y Cortadillo* de Cervantes se critica, especialmente en el episodio del patio de Monipodio, la complicidad de la policía con el mundo de los hampones. Al final de la novela, Rinconete, uno de los protagonistas, saca la siguiente conclusión¹⁶:

"...finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta".

Quevedo por su parte dirige sus tremendos flechazos a todos indistintamente. No hay clase social, ni categoría de personas que se salve. Tal vez nadie ha hecho mejor que él una vivisección más acabada de la España del siglo XVII, la que se estaba paulatinamente desprestigiando y hundiendo.

(16) Miguel de CERVANTES. Novelas ejemplares: Rinconete y Cortadillo. Edición y notas de F. Rodríguez Marín. Madrid, Espasa-Calpe, 1948, p. 217.

De todas las reflexiones morales que él hace, citaremos tan sólo la que sirve de conclusión al libro II del *Buscón* (Vol. I, p. 214):

"Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme -no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador- determiné, consultando primero con Granjales, de pasarme á Indias con ella, a ver si mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fuéme peor, pues nunca mejora estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres".

4.9. Caracterización de los personajes del *Satiricón*

No se puede considerar a Petronio como un gran creador de caracteres. Es probable que ni siquiera se lo haya propuesto. Lo que más le interesaba era relatar hechos y aventuras, y deleitar al lector con la descripción de lo maravilloso, como por ejemplo el lujo, el derroche y las extravagancias de Trimalción.

Ninguno de los protagonistas tiene una personalidad que se destaque, a excepción tal vez de Trimalción. Dice al respecto Bayet¹⁷:

"Petronio ordinariamente no profundiza los caracteres, sino que tomando con una vivacidad inigualable el exterior de las cosas, opone sin cesar esbozos contrastantes, yendo de la vulgaridad más repugnante a la elegancia más refinada".

El protagonista principal del *Satiricón* es Encolpio, joven falto de carácter e inquieto, quien narra sus andanzas, travesuras, amores, fechorías, desgracias, ardidés, etc. Parece más bien un ser abúlico arrastrado por la fuerza

(17) Jean BAYET. Littérature Latine. Histoire, pages choisies traduites et commentées. Paris, A. Colin, 1934, p. 520.

de los acontecimientos. Su única finalidad es la de satisfacer los bajos instintos sexuales, sin ningún reparo moral. Posiblemente sea el prototipo de la juventud romana de la época neroniana.

Su compañero inseparable es Gitón, adolescente que mantiene con él relaciones íntimas e inmorales. Este muchachito, a pesar de su corta edad, ya conoce todos los secretos del amor y todas las aberraciones sexuales. Crecido en el ambiente del hampa, sabe mentir con arte y adaptarse con maestría a las situaciones más difíciles que van surgiendo.

El tercer protagonista es Ascilto, pícaro, grosero, sin ningún sentimiento noble.

Otro personaje de esta novela es Eumolpo, poeta relajado que tiene la manía de improvisar y de martirizar a sus oyentes con versos de su creación. Es también un bribón y un degenerado, pero muy culto y de gustos refinados.

Sin embargo, como ya se dijo más arriba, el personaje más original y mejor logrado de toda la obra es Trimalción. Petronio le dedica varios capítulos (27-78) para hacer de este "parvenu" un retrato inolvidable. El autor lo hace hablar continuamente, sobre todo de sí mismo, de su vida azarosa, de sus gustos, de sus intimidades, para descubrirnos un alma vulgar.

4.10. Sátira contra los nuevos ricos

La cena de Trimalción, el episodio más importante de la novela, es una sátira magistral hecha por un hombre refinado, como lo era Petronio, contra el mal gusto, la ignorancia y la grosería de los nuevos ricos.

Petronio no hace alarde de moralista y posiblemente estaba convencido de que no había nada que hacer para modificar la sociedad de sus tiempos. Tampoco podía arrogarse el papel de moralista, ya que su vida, por lo poco que sabemos de él, estaba muy lejos de ser ejemplar. Sin embargo, lo que debía hacer sufrir profundamente a este hombre, uno de los pocos sobrevivientes de la antigua nobleza romana, debía ser el hecho de ver triunfar en la sociedad a hombres

de bajo origen, sin cultura y sin mérito alguno. Poco importa, para los fines artísticos, si Trimalción personifica o no a Nerón. Lo que interesa es que en el primer siglo de nuestra era, los "parvenus" debían abundar como en todas las épocas de decadencia moral.

Petronio logra destacar el contraste entre la riqueza, la magnificencia y la prodigalidad, por una parte, y por otra el mal gusto, la ignorancia y la trivialidad de Trimalción. En la casa de este personaje podían encontrarse todas las comodidades de la época, como por ejemplo un reloj, objeto sumamente raro entonces, un trompetista en el triclinio, duchas de agua fría y caliente, esclavos, eunucos, lacayos, cocineros, etc. en todas las dependencias de la casa.

Es propio de los nuevos ricos querer impresionar a los huéspedes con toda clase de exotismo y derroches. En el cap. 27, Trimalción, después de hacer ciertas necesidades, se lava las manos y se las seca en los cabellos de un esclavo. En el cap. 28, el mismo personaje, después de la ducha se seca, no con toallas de tela, sino con vellones de lana muy blanda. En el cap. 29, se describe un fresco que representaba diversos momentos de la vida del dueño de casa: Trimalción que llega a Roma acompañado de Minerva; luego el momento en que aprende a leer y a hacer cuentas; más adelante Mercurio lo eleva a una condición superior; al lado la Fortuna inundándolo de bienes. En un nicho en un rincón, se conservaba la primera barba del dueño. Casi todos los adornos y detalles de la mansión se relacionaban de alguna manera con la persona del dueño. Un detalle importante es la dedicatoria que decía: "El día anterior de la víspera y la víspera de enero, nuestro Gayo (Trimalción) sale a cenar".

Cuando los convidados se aprestan a comer (cap. XXXI), los lacayos les vierten agua helada con nieve en las manos; y todas las veces que se aprestan a satisfacer un pedido lo hacen cantando, de tal modo que, más que un comedor de una persona respetable, parecía un coro de pantomimos.

4.11. Elementos eróticos y pornográficos

Entre los episodios y aventuras del *Satiricón* prevalecen los de carácter erótico y de perversión sexual. En esto hay una gran diferencia con respecto a la picaresca española, ya que en España, a pesar de la decadencia moral, el cristianismo, en los siglos XVI y XVII seguía constituyendo una gran fuerza moral que impedía los excesos propios del paganismo. Por otra parte la presencia de la Inquisición obligaba a los escritores a moderar las expresiones de su lenguaje. Esto, por supuesto, no en sentido absoluto, ya que las obras de Quevedo están llenas de relatos y expresiones obscenas.

La diferencia entre los escritores latinos, Petronio en especial, y los españoles en lo que se refiere a erotismo y pornografía, es sobre todo de carácter cuantitativo. En efecto, mientras lo pornográfico es un tópico que se repite casi constantemente en todo el *Satiricón*, en las novelas picarescas sólo aparece esporádicamente y no constituye nunca el núcleo de largos episodios.

Existe también una diferencia de carácter formal, por cuanto Petronio describe sin reparo alguno cualquier acto sexual con lujo de pormenores, mientras que los españoles aluden al mismo sin detenerse de una manera morbosa.

Posiblemente esto constituya la diferencia más notable entre los novelistas españoles y los romanos, a pesar de tener en común, como ya se dijo, el realismo. Esta particularidad no se explica tan sólo por la diferencia de época o de lugar, sino por el hecho de que hay una diferencia esencial entre el cristianismo y el paganismo. Tanto el hombre cristiano como el pagano pecan y ambos tienen noción del bien y del mal, pero, por lo general esta noción la tiene más clara el cristiano. También el pudor es común a los dos, en cuanto se trata de un sentimiento natural, pero el pagano lo reprime más fácilmente porque no está sostenido por una concepción espiritual como la cristiana la cual condena no sólo las malas acciones, sino también los malos pensamientos.

Esta ausencia de pudor la podemos observar también

en las obras del neopaganismo ó neorrealismo, ya sea en la producción literaria, ya sea en el cine y en ciertos espectáculos.

Resumiendo: la noción del bien y del mal ha existido en todas las épocas, pero el sentimiento natural del pudor, fortalecido por una fe trascendente, hace que se mimeticen o disimulen por lo menos las miserias humanas. Por eso, mientras en la literatura española abundan los relatos celestinescos o donjuanescos, no encontramos casi nunca descripciones de escenas íntimas que nosotros consideramos pornográficas.

En el *Lazarillo* el elemento erótico y celestinesco es de secundaria importancia. En el cap. I el protagonista nos refiere la situación irregular en que se encontraba su madre que cohabitaba con un negro. En el cap. III, Lázaro cuenta cómo el hidalgo pobre requebraba a dos mujeres de la vida y el pedido que estas le hicieron para complacerlo. En el último capítulo, el protagonista nos refiere que su situación era muy buena, pero al mismo tiempo dice que las malas lenguas comentaban que su mujer se entendía con el arcipreste de San Salvador.

Quevedo, en cambio, hace hablar a sus personajes con mayor desenfado que cualquier escritor español. He aquí como ejemplo ilustrativo, el retrato moral que hace Pablo de su madre:

"Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagüeta y flux para los dineros de todos" (*Buscón*, I, 13).

La figura del invertido es sumamente rara en la novela picaresca española, contrariamente a lo que ocurre en el *Satiricón*, donde todos los protagonistas adolecen de este defecto. Si este vicio no era muy frecuente en España, no se debe tan sólo a la presencia del cristianismo, sino también a los terribles castigos corporales reservados para los sodomitas.

4.12. El elemento trivial

Los elementos triviales abundan tanto en el *Satiricón* como en las novelas picarescas. Sin embargo, a pesar del realismo que caracteriza al pueblo español y gran parte de la literatura española, no encontramos casi nunca escenas triviales descritas con la brevedad y desenvoltura del *Satiricón*. En esto también se podría ver una influencia de la moral cristiana o por lo menos un mayor refinamiento en las costumbres de la sociedad española de los siglos XVI y XVII, con respecto a la época de la latinidad pagana¹⁸.

El elemento trivial, análogamente al elemento licencioso o pornográfico, abunda sobre todo en Quevedo. He aquí unos ejemplos:

"Llegó a mí, y viendo que no tenía ninguna (arma), porque me las habían quitado y metídlas en una casa á secar con la capa y sombrero, pidióme digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas conta las narices, que yo no tenía otras" (*Buscón*, Vol. I, p. 21).

"Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme, tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino" (*Buscón*, Vol. I, p. 22).

"Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera" (*Buscón*, Vol. I, p. 157).

"Tenía una ballena por mujer y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras" (*Buscón*, Vol. I, p. 155).

(18) Véanse en especial los siguientes pasajes del *Satiricón*: XXVII,6; CXVII,12; XLVII, 1-6.

4.13. El elemento fantástico

El elemento fantástico está por lo general ausente en la picaresca española. En las obras más representativas como el *Lazarillo* y el *Buscón* no hay ningún elemento fantástico. En cambio en la continuación del *Lazarillo* publicada en Amberes por Martín Nuncio, en 1555, obra inferior a la primera parte, aparece un elemento fantástico que hace pensar más bien en las metamorfosis del *Asno de Oro* de Apuleyo, que en el *Satiricón*. En efecto el protagonista, Lázaro, luego de unas cuantas aventuras en Toledo, se embarca en Cartagena para la guerra de Argel; naufraga y se transforma en atún, vive como tal en el mundo de los atunes, de cuyo rey llega a ser el favorito; y al ir con ellos a desovar, es pescado, vuelve a ser hombre, y regresa a Salamanca¹⁹.

En la segunda parte del *Lazarillo* aparecen también relatos que hacen recordar las aventuras eróticas del *Satiricón*. En efecto Lázaro, al volver a Toledo, se entera de las faltas de fidelidad de su esposa; luego le ocurren algunas aventuras celestinescas; se quiere casar otra vez y es burlado por unas mujeres livianas.

Si comparamos el *Satiricón* con otra gran novela de la literatura latina, *El Asno de Oro* de Apuleyo, vemos que mientras en la segunda abundan los temas mitológicos como también los elementos fantásticos e inverosímiles, en el primero hay un solo motivo divino o sobrenatural, es decir, la impotencia del protagonista Encolpio, motivada por la venganza del obscuro dios Príapo²⁰, ya que aquél había profanado con su presencia los cultos que las mujeres tributaban al dios que simboliza la fecundidad. Este motivo

(19) Cfr. Juan HURTADO, etc., op. cit., p. 358.

(20) "Me quoque per terras, per canis Nereos aequor / Hellespontiaci sequitur gravis ira Priapi" (A mí también la ira feroz del hellespontíaco Príapo me persigue por las tierras, por los mares del canoso Nereo); *Satiricón*, 139,2. Véase también el culto obscuro de Príapo, cap. 16,26.

religioso es también el débil hilo conductor de toda la novela y debe considerarse más bien como un tópico literario, como es dado observar en muchos poemas de la antigüedad. Así por ejemplo; el enojo de Juno y de Minerva motivaron la ruina de Troya; la ira de Poseidón es la causa primera de las largas peregrinaciones de Ulises; Juno es la que obstaculiza el viaje de Eneas, mientras que su madre lo protege; en el *Asno de Oro* es la diosa Isis la que devuelve a Lucio, el protagonista, la forma humana, tras haber purificado su forma de burro.

4. 14. Semejanza formal

Existe también una semejanza formal entre el *Satiricón* y las novelas picarescas españolas, por cuanto los autores prefieren para el relato de las aventuras la forma autobiográfica. En el *Satiricón* es Encolpio, el protagonista principal, quien relata en primera persona sus aventuras y las de sus compañeros.

En las novelas españolas son los protagonistas principales Lázaro en el *Lazarillo*, Pablo en el *Buscón*, etc., los que refieren sus andanzas y peripecias.

Una segunda semejanza formal está constituida por el hecho de que en estas obras se alternan la prosa y el verso. Además no se respetan las clásicas unidades de tiempo, lugar, acción y estilo.

La novela de Petronio carece de unidad de acción; en efecto, en el relato principal se insertan episodios menores intercalados a su vez en otros episodios secundarios, de tal modo que a veces se pierde el hilo conductor de la acción principal²¹.

4.15. El estilo

El estilo de Petronio y de los autores de las novelas

(21) Cfr. Augusto ROSTAGNI. Storia della letteratura latina. Vol. II. Torino, UTET, 1955, p. 438.

picarescas requeriría de por sí sólo un estudio especial. Observemos tan sólo algunas de las características más importantes.

En primer lugar notamos que hay diferencias debido al genio de la lengua latina la cual es más sintética y más lapidaria que el español. En segundo lugar notamos otra gran diferencia debida a la época en que fueron escritos el *Satiricón* y las novelas picarescas. Petronio, a pesar de su estilo llano y de su léxico, representa todavía el espíritu clásico de la lengua latina. La picaresca por su parte coincide con una época de degeneración del clasicismo del Renacimiento, es decir, el Barroco retorcido e hinchado.

En Petronio el período es, por lo general, breve y la subordinación aparece menos frecuentemente que en otros autores latinos, como por ejemplo Cicerón y Tito Livio. Por el contrario, en Quevedo y en general en los otros autores de la picaresca, los períodos son muy ampulosos, y la subordinación es un recurso estilístico sistemático. En Quevedo el estilo es también más complicado debido a las sutilezas del pensamiento, y a las palabras y frases de doble sentido.

El *Satiricón* refleja magistralmente el habla popular de la Roma imperial. El diálogo es ágil y chispeante. Los relatos y descripciones son muy logrados y de gran efecto.

El estilo de Petronio no es uniforme. Él sabe amoldar el vocabulario y la forma a las circunstancias y a los personajes. Así cuando habla Trimalción, oímos las expresiones más groseras y los vocablos más bajos. En cambio, cuando el autor se olvida por un momento de sus personajes de bajo fondo y describe alguna obra de arte, entonces aparece el auténtico Petronio, el esteta, el *arbiter elegantiarum*. Ya hemos citado en otro lugar el retrato que hace el autor de la hermosa Circe (*Satiricón*, CXXVI, 14): *Nulla vox est quae formam eius possit comprehendere nam quicquid dixerit minus erit* (no hay palabras que puedan expresar su belleza, pues cualquier cosa yo diga, será inferior a la realidad).

Luego hace la descripción de los rasgos físicos de la mujer, llegando al grado máximo del lirismo: *oculi clariores stellis*

extra lunam fulgentibus, nares paululum inflexas et osculum quæle Praxiteles habere Dianam credit. Jam mentum, jam cervix, jam manus, jam pedum candor, intra auri gracile vinculum positus. Parium marmor exstinxerat [CXXVI, 16-18] (sus ojos muy claros más brillantes que las estrellas resplandecientes en noche sin luna; sus narices ligeramente dilatadas y la boca era tal cual Praxíteles imaginó para Diana. ¡Y el mentón, y el cuello, y las manos, y el candor de los pies aprisionados por un sutil cordón de oro! Hubiera eclipsado el mármol de Paros).

Obsérvese que no se indica el verbo porque no es necesario, y esto nos da mejor la idea de arrobamiento del enamorado.

En Quevedo encontramos una construcción nominal algo parecida con la que se describe la belleza de una mujer:

"Blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo y zazosita" (*Buscón*, Vol. I, p. 174).

Aquí tampoco hay un verbo ni partículas subordinantes. Este retrato corresponde muy bien a una pintura estática.

5. Conclusión

Por todo lo expuesto en este ensayo, resulta evidente que el estudio comparativo del *Satiricón* y de las novelas picarescas españolas es sumamente interesante. No se tiene la pretensión de haber agotado el tema, sino tan sólo se ha querido hacer entrever el campo de investigación que ofrece el estudio comparativo, llevado a cabo con un modo metódico y sistemático, de ciertos escritores, aunque pertenezcan a diferentes literaturas muy distantes en el espacio y en el tiempo.

A través de la comparación se pueden además descubrir muchos aspectos comunes de ciertas obras literarias, ya que hay valores universales y perennes porque universal y perenne es el espíritu humano.

Hemos tan sólo entreabierto un camino con la esperanza de que otros lo ensanchen con una monografía, si no exhaustiva, por lo menos más amplia que este humilde trabajo.